

CAPÍTULO III.

LA UNIDAD CATÓLICA (1).

SECCION I.—CONSIDERACIONES GENERALES.

§ I.—La unidad exterior.—Necesidad de la Iglesia.

Segun el dogma católico, la Iglesia es una institucion divina, fundada por Jesucristo. Así como la fe es una, la Iglesia debe ser una. Cristo escogió uno entre sus apóstoles para que fuese el representante de esta unidad: San Pedro es la piedra sobre la que edificó la Iglesia. Roma, la Ciudad Eterna, al recibir de sus manos el Evangelio, recibió igualmente la supremacía. Así, desde la cuna del cristianismo la Iglesia se ha constituido monárquicamente; es desde entónces lo que será siempre, porque es inmutable como la fe. ¿Cuál es la mision de la Iglesia? Ser la intermediaria necesaria entre el hombre y Dios; el hombre se une á Dios por medio de la Iglesia: en su seno participa de la vida. El Espíritu-Santo no ilumina más que á los que están en la Iglesia; el que se separa de ella se separa de la comunión divina (2); fuera de la

(1) THOMASSIN, *Disciplina antigua y moderna de la Iglesia*, 3 vol. fol.—
PLANK, *Geschichte der christlichkirchlichen Religionsverfassung*, 6 vol.

(2) IRENÆI, *Hæres.*, III, 24, I.

Iglesia no hay salvacion. Esta concepcion de la Iglesia es una consecuencia rigurosa del dogma católico. No solamente la religion es divina; la Iglesia exterior tambien lo es, lo mismo que la fe, se confunde con ella.

Ha sido fácil para los protestantes el demoler la pretendida divinidad de la Iglesia. Han probado, con los libros sagrados en la mano, que en un principio no habia ni aún sociedad cristiana distinta del judaismo. Los primeros cristianos siguieron siendo judíos; no se distinguian de sus hermanos más que por su creencia en la venida del Mesías; el cristianismo era una secta judía cuando San Pablo, traspasando las estrechas ideas de los apóstoles, llevó á los gentiles la *buena nueva*. Es tan falso que Jesucristo haya fundado la idea del catolicismo, que aún es dudoso que haya querido una Iglesia externa como órgano de la nueva fe; veia en los fariseos lo que llega á ser la religion en manos de un cuerpo sacerdotal. Indudablemente queria que hubiese unidad entre sus discípulos: él habia venido á predicar la unidad; pero ni una de sus palabras indica que haya tenido la intencion de establecer una unidad externa. Jesucristo no ha instituido, pues, la Iglesia; ¿ha sido organizada por los apóstoles? Las *Actas* y las *Epístolas* atestiguan que en los primeros tiempos del cristianismo no habia culto propiamente dicho ni ceremonias litúrgicas. ¿Qué falta hacian en ese caso los sacerdotes, los obispos y los papas? Los ministros de aquella Iglesia naciente eran los *ancianos*; los obispos, que se distinguian, no por el rango, sino por las funciones, no tenian superioridad alguna ni aún entre los fieles; habia absoluta igualdad entre los discípulos de Cristo. Esta misma igualdad reinaba tambien entre las diversas iglesias fundadas por los apóstoles. El lazo que las unia era puramente espiritual; no pensaba en subordinar las iglesias, en unir las en un sistema jerárquico. En la situacion del cristianismo, en el estado del mundo, no se podia ni aún prever que las sociedades cristianas formarian algun dia un solo cuerpo y que todas estarian sometidas á un solo jefe (1).

¿Cómo se ha formado la Iglesia externa católica? Para los protestantes la Iglesia es una desviacion del espíritu evangélico, un

(1) PLANK, t. I, p. 10 y sig.—GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. I, § 30.

regreso al judaísmo (1). Moisés decía: «¡Ojalá que todo el pueblo del Eterno fuese profeta, y el Eterno infundiese en él su espíritu!» Pero ¿cómo realizar este ideal en el seno de un pueblo libre apenas de la servidumbre del paganismo? Aquellos hombres-niños necesitaban tutores, maestros; Moisés organizó un sacerdocio llamado á verificar los sacrificios, á unir á los fieles con Dios. Tal era la ley antigua, pero no debía ser más que una educación, una preparación para nueva ley. Jesucristo restableció la comunión directa entre Dios y el hombre; él es el único sacrificador, el único mediador; desde entonces no puede haber ya sacerdotes intermediarios entre los hombres y Dios. Todos los cristianos están unidos á Dios por Cristo, por él han llegado á ser todos una raza sacerdotal y espiritual (2). Sin embargo, no todos tienen la misma vocación; Dios distribuye sus dones de desigual manera, para que la diversidad de talentos sea un lazo de solidaridad entre los hombres. Pero, aunque los dones sean diferentes, no hay más que un espíritu. Aquel á quien su vocación le llama á enseñar la fe, á extenderla, á conservarla, no se hace por esta función el superior de aquellos á quienes predica la palabra de Dios. La diferencia de aptitud y de funciones no obsta para la igualdad (3). Mucho menos existe la desigualdad ni subordinación entre las diversas sociedades cristianas. Los apóstoles escribían á aquellos á quienes ponían á la cabeza de las diversas iglesias lo mismo que á sus hermanos; de este modo manifiestan el verdadero espíritu del cristianismo: la igualdad, la fraternidad; el principio monárquico no es el del Evangelio (4). La unidad externa es una idea de la ley antigua; bajo la ley nueva hay una unidad más elevada, más verdadera, la de los espíritus; la Iglesia cristiana es esencialmente espiritual.

El ideal que los protestantes se forman del cristianismo tiene

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 332, 357.

(2) Son «sacrificadores y reyes, la nación santa, á fin de que anuncien las virtudes de aquel que los ha sacado de las tinieblas á la luz.» SAN PEDRO, *epístola* I, 9.

(3) SAN PABLO, I, *Corinth.* XII.—NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 306-309.

(4) NEANDER, *ib.*, p. 312, 345.

una parte verdadera; tienen razón en oponerse á la concepción católica del sacerdocio, porque la distinción del sacerdote y del laico reproduce en el fondo la división de las castas. El sacerdocio es el depositario de la verdad que le es transmitida por una tradición divina; es el único que practica la perfección cristiana; abandona á los laicos los cuidados temporales, las riquezas, el matrimonio; él se queda con la virginidad, la comunidad de bienes, el desprecio del mundo. Por esto el clero es un orden privilegiado; el resto de los hombres queda fuera de la vida verdadera; no participan de ella más que por la recepción pasiva del dogma; si participan de la vida, es por el intermedio de la Iglesia. Se prohíbe á los laicos la lectura de los libros sagrados; la Escritura es patrimonio del clero; el culto se celebra en una lengua que la mayor parte de los fieles no comprenden. Hé ahí al laico separado del sacerdote por la lengua, por la ciencia y por la vida entera. Para hacer del clero una casta, no falta más que un elemento, el principio hereditario; felizmente, el espíritu cristiano exige el celibato; el celibato ha salvado á la Europa del régimen de las castas.

La casta sacerdotal ha cumplido su misión; debe, pues, desaparecer. La humanidad no cree ya en el origen divino de la Iglesia; no le reconoce otro título en el pasado que la capacidad superior que le llamaba á la dirección de una sociedad bárbara. Hoy la humanidad no tiene ya necesidad de un intermediario entre ella y Dios; su creencia es que un lazo directo, permanente, indisoluble, une la criatura al Creador; esta inspiración divina le basta para guiarla hacia el fin de su destino. No hay Iglesia que sea condición necesaria de salvación. No hay ya separación entre la vida laica y la vida espiritual; no hay más que una vida, cuyas manifestaciones todas son igualmente sagradas, puesto que todas provienen de Dios.

Pero, si estamos conformes con los protestantes acerca de la reprobación de la idea católica del sacerdocio, nos es difícil creer que la idea protestante sea en todo y por todo la del Evangelio. En cierto sentido, el catolicismo se deriva del espíritu evangélico. ¿Qué es el sacerdocio más que la exaltación de la vida religiosa? Es decir, que tiene su principio más en el espiritualismo cristiano que en la ley antigua. El cristianismo no acepta el mundo, el matrimo-

nio, la propiedad, más que como una necesidad; hace consistir su ideal en una existencia alejada del mundo, en la virginidad, en la abdicación de la propiedad. No pudiendo vivir todos esta vida espiritual, Dios escoge entre la muchedumbre á aquellos que han de ser sus predilectos (1); ellos solos viven la verdadera vida, una vida religiosa, una vida santa. De aquí la oposición entre la Iglesia y el mundo, entre lo espiritual y lo temporal, entre el clérigo y el laico.

La Reforma fué una insurrección contra la Iglesia degenerada. Por oposición á la Iglesia externa, que se había convertido casi en judía, idearon los protestantes una Iglesia puramente espiritual, fundada en la igualdad de los creyentes unidos á Dios por el divino Mediador. Refirieron esta idea á la cuna del cristianismo, é hicieron del Evangelio un arma contra la Iglesia, pretendiendo que el catolicismo era una desviación del espíritu evangélico. Su pretensión fué volver á aquel ideal desconocido; pero el ideal no está jamás en el pasado. La igualdad religiosa á que aspiramos hubiese sido imposible en las circunstancias en que nació y se desarrolló el cristianismo. Considérese el estado de los pueblos en el momento en que vino Jesucristo á predicar su doctrina. La plebe, corrompida por el paganismo, envilecida por el despotismo imperial, apenas era capaz de comprender la *buena nueva* que se le anunciaba, ¡y se pretende que Jesucristo haya llamado á aquellas masas ignorantes y podridas, para constituir la Iglesia! ¡Que la ignorancia haya desarrollado los dogmas! ¡Que la inmoralidad haya purificado las costumbres! El mundo antiguo necesitaba tutores, porque era todavía niño; necesitaba de una Iglesia que desarrollase la doctrina cristiana y le presentase el espectáculo de una vida espiritual. Aún esto no bastó, tan grande era la corrupción; fué preciso que Dios enviase á los Bárbaros para salvar la sociedad y el cristianismo. Pero el contacto de los Bárbaros con la corrupción romana iba á producir una inmoralidad monstruosa. ¿Debia residir la Iglesia en el seno de la barbarie? Ó más bien, ¿había formado la Providencia una Iglesia para educar y moralizar á los Bárbaros?

(1) De aquí la palabra *clero*. Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

La unidad no podía ser puramente espiritual, debía tener un cuerpo; ésta era una condición de existencia y de porvenir. ¿Cuál fué la ley de este desenvolvimiento? En la cuna del cristianismo reina la igualdad religiosa, esto es, el sistema *presbiteriano*, si puede llamarse sistema la falta de organización. Este estado podía convenir á una sociedad que acababa de nacer, á comunidades religiosas que vivían en el aislamiento; la necesidad trajo en seguida una organización más fuerte. La *aristocracia episcopal* dió leyes á la sociedad cristiana, fundó el dogma, representó á la cristiandad enfrente de los Bárbaros, salvó al cristianismo. Pero la unidad episcopal resultó insuficiente en medio de la disolución social que tuvo lugar del siglo v al x. La impotencia del episcopado y la decadencia de la Iglesia legitiman el advenimiento del *pontificado*; el poder espiritual se concentra en una poderosa monarquía.

De este modo la Iglesia ha marchado hácia una organización cada vez más fuerte, ha tendido hácia un poder cada vez más absoluto. ¿Es esto cálculo? ¿Es necesidad? Cuando se leen las obras de los escritores protestantes, se podría creer que el desenvolvimiento de la Iglesia es fruto de una larga conspiración de los obispos y de los papas contra la libertad cristiana. No negamos la influencia de las pasiones humanas en la vida de la humanidad; el egoísmo se mezcla en las acciones de los hombres, representa su papel en los grandes acontecimientos, pero son sentimientos más nobles los que dan el impulso (1). Hay inspiraciones personales en los que han trabajado por levantar el edificio de la Iglesia; hay también móviles más elevados. Lo hemos dicho de los misioneros; lo diremos también de los obispos y de los papas.

§ II.— La Iglesia y el Estado (2).

I.

La ambición de la Iglesia, su eterna ambición, es el ser un poder espiritual. Instituida por Dios mismo, tiene por misión el guiar

(1) GUIZOT, *Curso de Historia*, lecciones III y XIX.

(2) Véase mi estudio acerca de *La Iglesia y el Estado*, 2.ª edición.